**ÉTICA Y COMERCIO EN OCCIDENTE**

Armando P. Ribas Hace muy poco Francis Fukuyama, ante la caída del Muro de

Berlín, anunciaba el fin de la historia. Tal era el corolario del

triunfo aparentemente definitivo de la democracia liberal. La evolución del mundo a partir de la caída del Muro de Berlín en modo alguno ha colmado los sueños derivados del fin de la Guerra Fría. El fin de la historia anunciado por Fukuyama ha quedado falsificado por los acontecimientos y el mundo enfrenta nuevas incertidumbres en la medida en que parece alejarse la conflagración nuclear.

Decía Santayana que el que no conoce la historia está con­ denado a repetirla, y tanto que Toynbee pretendió una teoría de la historia fundada en el *corsi e ricorsi.* Pero peor que no cono­ cerla es conocerla mal. Por eso creo imprescindible hablar de Occidente.

Lejos de compartir la pesimista visión de Bertrand Russell de

que mientras la ciencia y el conocimiento avanzan , la moral retrocede o, en el mejor de los casos, se estanca, creo como Carl Popper que somos mejores de lo que creemos y más estúpidos

o ignorantes de lo que nos pensamos. No obstante, creo que el aprendizaje nos permite la posibilidad de un mundo mejor, y no sólo en Occidente. Pero éste de ninguna manera es un proceso ineluctable ni está escrito en la historia, sino que forma parte de la lucha permanente del hombre por su supervivencia. No son los objetivos morales definidos *a priori* los que determinan la

177

superioridad ética, sino los comportamientos. La praxis resultan­ te y no la teoría del bien es el único elemento de juicio para evitar que surja, como en el *1984* de Orwell, la policía del pen­ samiento. Por ello pienso que Occidente no responde, como se pretende , a una sublimación de valores.

La visión de la historia como camino de la razón y la libertad

tuvo su primera derrota en las guerras del Peloponeso, donde la fuerza superó al pensamiento. La pretenciosa simbiosis del lagos y el verbo como descripción ético-científica de Occidente quedó desvirtuada a la caída del Mundo Romano seguida de doce si­ glos de oscurantismo y opresión a pesar de las más sublimes y beatíficas concepciones religiosas.

Ya en pleno siglo XVII, cuando apenas Occidente superaba

científicamente al Islam y al mundo asiático, la Guerra de los Treinta Años arrasaba prácticamente con la mitad de la pobla­ ción de Europa. Más tarde, la Revolución Francesa de 1789, de la mano del Iluminismo, pretendió encontrar la libertad en la razón; la guillotina dio cuenta de la irracionalidad de este pro­ ceso. Desde entonces una mística malsana pretendió convertir a la razón en la Némes is de la deidad. Así se convirtió la verdad en sinónimo de razón , y tanto, que todo error se califica como irracional.

El siglo xrx fue el escenario de la lucha de la Santa Alianza

frente al jacobinismo, y de allí surgieron las doctrinas totalitarias

que habrían de asolar al siglo xx, cuando nuevamente Occidente habría de desgarrarse en las dos guerras mundiales. La palabra revolucionario se convirtió en paradigma de liberación , conva­ lidando el crimen de la Revolución Francesa que convenciera al mundo de que de la guillotina había surgido la libertad y que la razón nos liberaría de Dios.

A mediados del siglo xx gran parte del Iluminismo enquistado

en el pensamiento de Rousseau, Hegel, Fichte, Marx, etc., logra­ ba racionalizar el despotismo desde las supuestas raíces del pensamiento. Fue el propio Kant quien, lamentablemente, no

extendió al campo de la moral los límites de la razón cuando ésta trasciende la experiencia. El imperativo categórico colmaba el ansia de absoluto que el propio cristianismo había rechazado al decir que el justo peca siete veces.

Así, desde la razón se construyeron los totalitarismos que

l78



prevalecieron en Occidente desde la opresión del poder o desde el terrorismo revolucionario. Derrotados el fascismo y el nazis­ mo en 1945, la Razón con mayúscula. llena de opresión y de muerte, se extendió a través del marxismo a partir de la Cortina de Hierro.

Ese pensamiento totalitario que desconocía la naturaleza del hombre y que apoyado en las ideas innatas convirtió al dogma racional en la guillotina de la esperanza y la soberanía como abstracción se aposentaba en el poder absoluto que, como bien señalara Lord Ashton, corrompe absolutamente.

Después de esta descripción en la que he tratado de demostrar cómo la praxis de la ética occidental ha sido un accidente en su historia, podemos preguntamos , y con razón, ¿y cuál es la espe­ ranza? Pues bien , voy a tratar de mostrar , de ese mismo proceso, aquellos rayos de luz que permiten ver con optimismo al futuro de la aventura del hombre sobre la Tierra.

Paralelamente con este proceso del otro lado del Canal de la Mancha, la razón como instrumento se percataba de la falibili­ dad del hombre y su consecuencia fáctica fue la tolerancia. Se percibió entonces el gobierno como una necesidad de la super­ vivencia del individuo en la sociedad, e igualmente formado por hombres con las mismas falibilidades de los gobernados . Los intereses particulares fueron éticamente reconocidos y la bús­ queda de la propia felicidad fue el derecho individual que se desplegaba en este mundo y en sus proyectos de trascendencia. La moral como principio quedaba en el ámbito de la conciencia, y la justicia como arbitrio frente a los derechos individuales definía las conductas permisibles para la paz social, reconocien­ do como su contrapartida la propiedad privada.

La división de Jos poderes diseñada por Locke mientras se

despojaba a los monarcas del derecho divino era la contrapartida de la libertad reconocida en los derechos individuales. Esta con­ cepción descripta por Adan Smith en su *Teoría de los sentimien­*

*tos morales,* que definió la idea de la "mano invisible", entraña el paso fundamental para la humanidad. La búsqueda de la pro­ pia felicidad reconocida en el interés particular no es contraria al interés social sino que colabora en su consecución . Es decir, se reduce la brecha entre deber e interés y la praxis se asemeja a la ética prescripta, y la libertad como contrapartida de la res-

179

ponsabilidad azuza la creatividad del hombre para el logro de su bienestar.

Quizá la mejor expresión de esta propuesta de convivencia

humana esté contenida en la Carta 51 de *El Federalista,* escrita

por Madison, donde dice: "La ambición debe hacerse contraactuar a la ambición. El interés del hombre debe conectarse con los

derechos constitucionales del lugar. Debe ser una reflexión so­ bre la naturaleza humana que tales instrumentos sean necesarios para controlar los abusos del gobierno . Pero qué es el gobierno mismo sino la mayor de todas las reflexiones sobre la naturaleza humana. Si los hombres fueran ángeles no sería necesario el gobierno. Si los ángeles fueran a gobernar a los hombres no serían necesarios controles internos al mismo . Al organizar un go­ bierno que es una administración de hombres sobre hombres la mayor dificultad yace en esto: primero se debe capacitar al go­ bierno para controlar a los gobernados y en segundo lugar obli­ garlo a controlarse a sí mismo". Y dice más adelante: "En un gobierno libre la seguridad de los *derechos civiles* debe ser la misma de Jos derechos religiosos. En un caso consiste en la multi­ plicidad de intereses y en el otro, en la multiplicidad de sectas".' O sea, tal como había señalado David Hume ,1 la sociedad debía protegerse de los instintos antisociales de los hombres mediante las instituciones de la justicia y de la propiedad, y por ello llegó a decir: Sin propiedad no hay justicia. Desaparece así la dicotomía moral por la cual una parte de la sociedad, el go­ bierno y la burocracia, representa la eticidad de la sociedad, pues ella significa en el plano individual la prevalencia del in­ terés general sobre el interés particular, en tanto que los intere­ ses privados significan la concupiscencia de la sociedad. Tal concepción determina la aglutinación del poder político en aque­ llos que se consideran como los representantes de la ética. En la misma medida que ese poder aumenta comienza la corrupción que, tal como lo señalaría Marx3 a Hegel, no es otra cosa que los

intereses particulares disfrazados de interés general.

1 *The Federalist Papers.* The New American Library lnc., New York, 1961.

:! David Hume. *A Treatise vf Human Na111re,* Penguin Books, New York, 1984. 3 Karl Marx , *El Dieciocho Bmmario de Luis Napoleón,* editado por Robert C. Tucker en *The Marx-Engels Reader,* W. W. Norton and Company lnc.. New York,

1872.

180

Estos conceptos, pues, dieron como resultado el reconocimiento ético del comercio y a partir de esa nueva visión se desarrolló la denominada Revolución Industrial y con ella el crecimiento de la población. Al mismo tiempo se transformaba la valuación ética de la estructura social, pues el comercio representaba la posibilidad de que la economía dejara de ser un juego de suma cero. Comercio y trabajo fueron rescatados éticamente y fue posible concebir la República en la que la guerra dejaría de ser el objetivo de Jos estados y la religión la legitimación del poder absoluto en las sociedades aristocráticas .

Debo señalar que fue precisamente en la Argentina donde, a partir de este concepto de República, se construyó el Milagro de

la Segunda Mitad del Siglo XIX. Bajo el principio de Juan Bau­ tista Alberdi , derechos civiles para todos y derechos políticos limitados, que no es más que una interpretación práctica del pen samiento de Locke, la Argentina se transfonnó en cincuenta años de un desierto con un 80 % de analfabetos en una tierra de promisión que ocupó uno de Jos primeros Jugares entre Jos paí­ ses más adelantados del orbe.

Pero no fue otro que David Hume4 quien dio otro paso tras­

cendente en este proceloso mar de las relaciones internacionales,

acercando allí también la ética al interés; dice así: "Nada es más usual entre los Estados que han hecho algún avance en el comer­ cio que mirar el progreso de sus vecinos con ojos suspiciosos, considerar a todos los países comerciales como rivales y suponer que es imposible para cada uno de ellos florecer sino a sus ex­

pensas . En oposición a esta maligna y estrecha opinión, yo me voy a aventurar a sostener que el incremento de las riquezas y del comercio en una nación cualquiera, en Jugar de dañar, general­ mente promueve la riqueza y el comercio de todos sus vecin os: y que el Estado puede escasamente llevar a cabo su comercio y su industria muy lejos donde todos Jos Estados que Jo rodean estén hundidos en la ignorancia, la pobreza y el barbarismo".

La aceptación de este principio ha sido aun más difícil en la

historia de Occidente que el denominado sistema capitalista.

Ello se debe a mi juicio a que el mercantilismo es la versión

-l David Hume, *Essays, Mural, Politica/ ami Literm:1·,* Liberty Classics, 1985.

181

económica de la soberanía, y esta simbiosis ha implicado a tra­ vés de la historia, en muchos casos, confundir los intereses na­ cionales con los intereses de algunos, y en particular de Jos gobiernos de turno. Esta permanente confusión ha significado en el caso de Europa la tragedia de millones de vidas. En nuestro caso la soberanía ha sido más bien una farsa que ha costado millones de dólares , o sea que la hemos pagado en bienestar.



El problema, sin embargo, sigue siendo que más allá que se sostenga que los estados tienen intereses permanentes, no es menos cierto que igualmente esos intereses han sido concebidos de manera errónea, sobre todo cuando en el caso de los estados los intereses toman el carácter de virtud, pues supuestamente representan los intereses generales.

El fin de la Segunda Guerra Mundial marcó un hito en Jos comportamientos de los contendientes y Estados Unidos encon­ tró la sabiduría de Hume, y Jos vencidos se beneficiaron al mismo tiempo que los americanos satisfacían sus intereses. Entre los beneficiados, sin lugar a dudas, estuvo Japón, que aprovechó esta actitud de manera singular y la simbiosis de democracia y capitalismo, unida a la indudable laboriosidad japonesa, Jo con­ virtió en la segunda potencia económica mundial en el corto período de unos treinta años. Más aun, la presencia de Japón en el plano mundial desdibujó aun más ese concepto de Occidente. Japón mostró que la sabiduría reside en asemejar los COIT}porta­ mientos a los postulados éticos y éstos al conocimiento. Este es un principio universal que no es patrimonio de Occidente sino un aprendizaje de la humanidad.

Lamentablemente , es posible que Japón haya heredado algu­ nos de Jos vicios de Occidente y su éxito en el campo de la pro­ ductividad parecería haberse revertido en alguna medida contra

sí mismo. En el período 1986-93 Japón ha tenido un superávit de u$s 326.000 millones en su cuenta comercial con los Es­ tados Unidos. En ese mismo período la revista *The Economist* estima que las pérdidas japonesas por inversiones en los Estados Unidos como consecuencia de la devaluación del dólar y de la caída de los precios del *real estate* ha alcanzado a u$s 324.000 millones.

Esta realidad plantea la necesidad de una revisión de los prin­ cipios sobre los cuales supuestamente se asientan los intereses

182

nacionales . ¿Quién fue el beneficiario de esta relación, los ame­ ricanos o Jos japone ses? Se me antoja pensar que fueron los primeros Jos que se beneficiaron de la productividad japonesa. La disputa entre Estados Unidos y Japón sobre el proteccionis ­ mo replantea al mismo tiempo la situación del mundo después de Bretton Woods, en el que prevalecen Los tipos de cambio flexibles. Tan así es que el director gerente del Fondo Monetario Internacional, Sr. Camdessus , consideró la posibilidad de un nue­ vo patrón de cambio oro o de cambio dólar como el que surgiera de Bretton Woods hasta que en l973, finalmente, Richard Nixon reconoció que los u$s 42 por onza de oro era el precio a que ni se compraba ni se vendía el oro en el mercado internacional.

Es indudable que el superávit comercial es el problema de

Japón, por más que Estados Unidos sostenga que le crea un problema a ellos. Todo parece indicar que sin el superávit co­ mercial en este período los japoneses habrían sido más ricos, o sea, habrían vivido mejor. Y ese superávit no ha podido evitar tampoco que la economía japone sa languidezca mientras el P.B.I. crece a menos del 1% por año.

Y, ¿qué habría pasado si los japoneses no hubieran usado su superávit para invertir en papeles y ladrillos norteamericanos? Decididamente, la revaluación del yen frente al dólar habría sido

mucho mayor. El flujo de capitales japoneses que fue aun supe­ rior al superávit no pudo evitar la devaluación de casi un 50% entre 1986-1994. Hasta dónde este superávit ha sido respon sabi­ lidad de la política japonesa, no podría saberlo. Pero sí puedo decir que si quieren evitar nuevas pérdidas será necesario buscar la posibilidad del equilibrio.

Según Lester Thurow ,5 quien escribiera *Head to Head,* la política industrial japonesa fue determinante del éxito económi­

co japonés . Según el economista de la "Sociedad de Suma Cero" los japoneses tienen un criterio comercial que se sustenta en el principio militar de la eficacia y no de la eficiencia, que tiene en cuenta los costos en la búsqueda de los objetivos. Al momento de escribir su libro Thurow postuló la necesidad de que Estados Unidos siguiera el ejemplo japonés . Pero he aquí que no había

*5* Lester Thurow, *Head ro Head,* William Musrow and Company loe., New York.

1992.

183

salido el libro de la imprenta cuando ya la economía norteame­ ricana, sin seguir sus recomendaciones, se recuperaba, en tanto que la japonesa soportaba además el problema político.

Y aquí volvemos a los consejos de Francia. La política indus­

trial requiere la colusión del estado y las empresas y ello provo­ ca la confusión de los intereses generales con los particulares de la burocracia. Nosotros en la Argentina conocemos muy bien esa problemática y tanto que hoy finalmente el gobierno del

presidente Menem ha comenzado una transformación profunda

para volver al país a los principios de donde surgiera en 1853.

Lamentablemente, la retórica del libre comercio se enfrenta

cada vez más a nuevas razones para el proteccionismo. Desde

Europa, cuna del mercantilismo de Colbert y de Litz, se han desarrollado dos nuevas teorías para justificar el proteccionismo. La primera es la tesis del denominado desempleo tecnológico, a la que con igual vehemencia adhiere el secretario de Trabajo de Estados Unidos, Sr. Reich. Esta posición, que recuerda los tiem­ pos en que en Inglaterra los obreros destruían las máquinas que habrían de liberarlos, implica un replanteo del marxismo. Ahora ya no serían los capitalistas los que se harían más ricos a costa de los trabajadores sino que los que disponen de la tecnología (capital humano) serían cada vez más ricos en un mundo que se empobrece por el desempleo tecnológico. De nuevo surge la mano visible del estado para corregir la importancia de la mano invisible. Pero una vez más Adam Smith triunfa sobre Edward Bernstain y el capitalismo norteamericano crea más empleos que la social-democracia europea, donde más de un 50% de la eco­ nomía se encuentra en manos de los gobiernos, que son los pródigos a que se refiriera el Padre de la Economía. Así, mien­ tras el desempleo en Europa alcanza a más del 12%, en Estados Unidos se ha reducido a menos de un 7%. Y más aun, entre 1970 y 1990 la economía norteamericana creó un 38% más de empleos,·en tanto que en Japón hubo un 19% y en Europa sólo un 8%.

Pero he aquí que nuestros amigos los europeos continentales, supuestos representantes de las virtudes de Occidente, han en­ contrado otro argumento ético para sustentar el proteccionismo. El "dumping social"; ¿qué es el dumping social? Pues sencilla­ mente que los trabajadores de los países pobres , precisamente

184

por falta de capital, no tienen un ingreso equivalente al de los trabajadores de los países industriales y se pretende competir con Europa a costa de la explotación de aquéllos.

El cinismo del argumento no tiene parangón . ¿Qué es lo que

pueden hacer los países pobres para aumentar sus exportaciones sino aprovechar la ventaja comparativa que significan los sala­ rios más bajos que en los países industriales? Obviamente, sin capital estos países no pueden competir en otras condiciones.

Más aun, este argumento es esgrimido nada menos que por países

que subsidian no sólo el consumo interno sino las exportaciones de los productos agrícolas en los que los países en desarrollo, como es el caso de Argentina, tienen ventajas comparativas.

Aproximadamente 300.000 millones de dólares es el subsidio europeo a la agricultura, y constituye el 80% del presupuesto de la Comunidad.

Deseo aclarar que yo no estoy diciendo que la pobreza del mundo en desarrollo se debe a los países industriales. Nosotros tenemos nuestra enorme responsabilidad, pero lo que sí trato de

decir es que la mayoría de las políticas que han determinado nuestro retraso relativo las hemos aprendido de nuestros mayo­ res en Europa, y parece que siguen aferrados a ellas. Tal como señala Benn Steil en un artículo publicado en *Foreign Affairs,* "Social Correctness: the new protectionism", en la década de los 80 los costos laborales por unidad aumentaron en Europa un 4% por año en tanto que en los Estados Unidos lo hicieron sólo en un 1%. Por tanto, insisto, este criterio no es sólo perjudicial para los países en desarrollo sino que significa el empobrecimiento de los propios países industriales.

Debe tenerse en cuenta que el 40% de las exportaciones de

los Estados Unidos y de la Comunidad Europea van a los países

que no forman parte de la OECD, o sea otra prueba de que no

basta reconocer los intereses , sino cuáles son los verdaderos

intereses.

Más recientemente, en su libro *Peddling Prosperity* (Peda­

leando la prosperidad) Paul Krugman 6 ha destacado el olvidado

hecho de que no son las naciones las que compiten, sino las

6 Paul Krugman. *Peddling Prosperiry ,* W. W. Norton and Company, New York.

1994.

185

empresas para discutir los principios del denominado comercio estratégico. Entonces señala la falsedad del supuesto de que el ingreso real aumenta al aumentar las industrias que tienen mayor valor agregado por trabajador. Y nos explica Krugman que tales industrias son las de los cigarrillos y las refinerías de petróleo y no los sectores de alta tecnología como la aeronáutica y la elec­ trónica, que sólo están dentro del promedio del valor agregado por trabajador. Por último señala que, tal como había postulado David Hume, el comercio se realiza mayormente entre las nacio­ nes más ricas y éste no es un medio de explotación, como sos­ tuviera Marx y aceptara el denominado Tercer Mundo bajo la tesis leninista del imperialismo.

En este sentido creo que podemos ver con cierto optimismo, pero al mismo tiempo con preocupación, la terminación de la

ronda Uruguay y los acuerdos que después de siete años de negociación se pondrán en ejecución en 1995 con la creación de la Organización Mundial del Comercio, que habrá de sustituir al GATT. En tal respecto tampoco puedo olvidar que la deuda externa de Jos países en desarrollo sigue aumentando a una tasa del 5% por año. Y esta deuda está en manos de Jos bancos de los países industrializados.

No debemos olvidar que en 1929 los Estados Unidos también creyeron proteger los intereses nacionales cuando, refiriéndose a la deuda europea con los Estados Unidos , el presidente Calvin Coolidge dijo: "Ellos contrataron la deuda, ¿no es cierto?" y Churchill le contestó: "Sí, pero hay algo más que eso". La sa­

biduría churchilliana fue ignorada y en 1929 Herbert Ho ver aumentaba las tarifas arancelarias por la ley Smoot Hawley. Este fue el golpe de gracia al comercio internacional y Estados Uni­ dos sufrió la depresión quizás en mayor medida que ningún otro país, mientras que en Basilea se hacía el jubileo de las deudas y reparaciones de guerra europeas.

He hecho todo este recuento histórico pues quiero destacar que la sabiduría y el aprendizaje no son patrimonio de nadie sino de la humanidad. Que la propiedad privada y la libertad de comercio son los instrumentos del bienestar en tanto que ellos mismos significan el medio idóneo para evitar la corruptela es­ tatal, que se caracteriza , como antes dijera, por la brecha entre la ética y el comportamiento. La razón no es más que un instru-

l86

mento y la ética de la praxis es el resultado de un aprendizaje sobre la naturaleza de nuestros verdaderos intereses. En tal sen­ tido se requiere que los intereses particulares en cada sociedad sean reconocidos éticamente para evitar que se disfracen de in­ tereses generales por la concupiscencia de la burocracia. El co­ mercio es la antítesis de la guerra y la guerra comercial no es más que una tergiversación en términos. No olvidemos que el "socialismo se forja en la envidia, se administra desde la hipo­ cresía, genera la pereza y destruye la riqueza".

187